

# APÓSTOLES DE LA MEDICINA HISTORIAS DEL HOSPITAL MUÑIZ

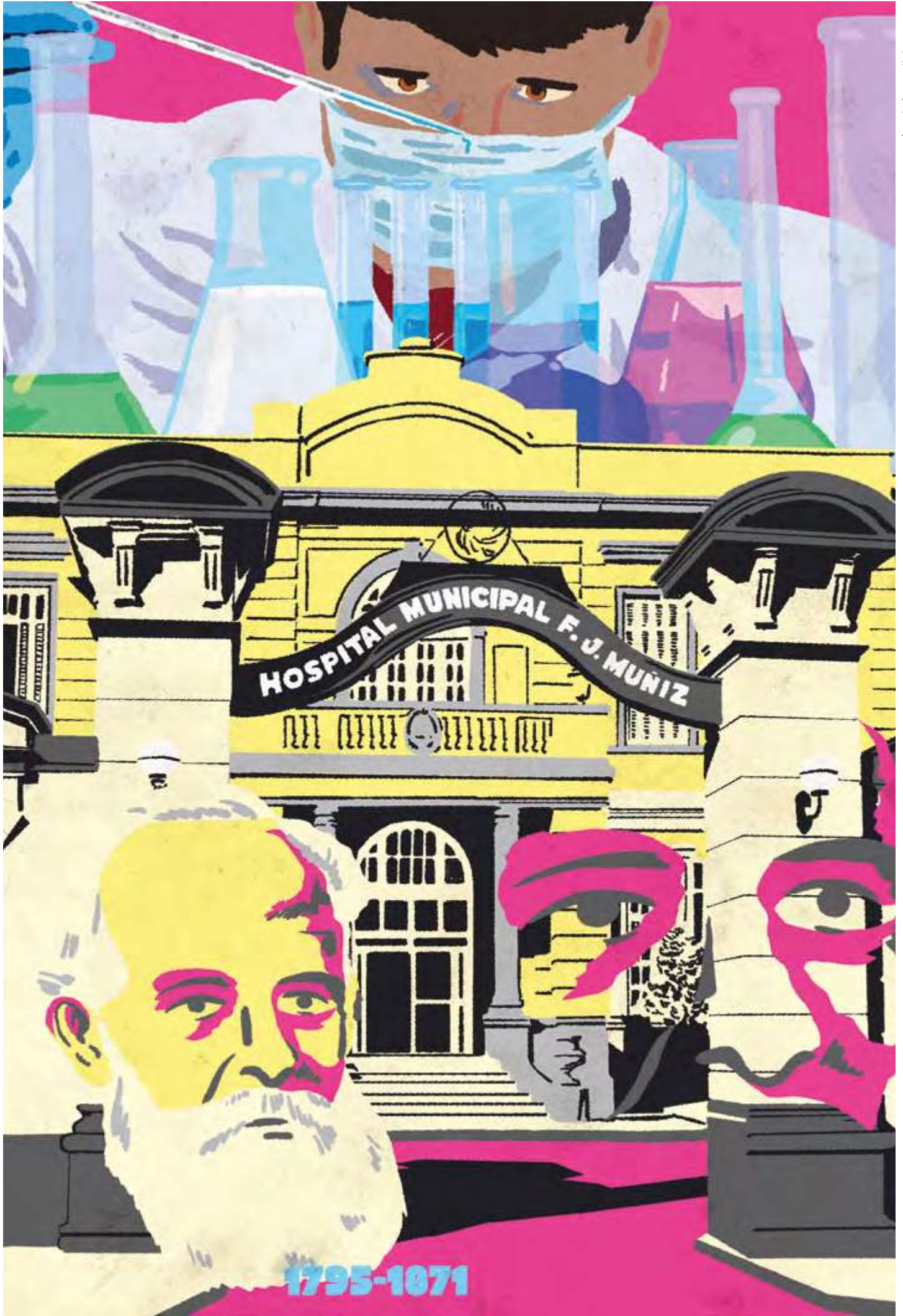
El compromiso con los pacientes y una abnegada vocación humanitaria es moneda común entre los médicos del Muñiz. La memoria del pionero Francisco Javier Muñiz está bien resguardada por colegas que hoy continúan en la misma senda, entregando buena parte de sus vidas a una tarea que no da treguas.

## Natalia Laube

Es licenciada en Crítica de Artes por la Universidad Nacional de las Artes y periodista con foco en temas culturales y crítica de teatro. Actualmente se desempeña como responsable de comunicación en el Goethe-Institut Buenos Aires y colabora en medios como La Nación, Funámbulos y Rolling Stone.

**P**ara llegar al Hospital Francisco Javier Muñiz desde Caseros, una de las principales avenidas de Parque Patricios, hay que atravesar la plaza Florentino Ameghino y pasar justo por delante del “Monumento en homenaje a los caídos de la fiebre amarilla”. Detenerse frente a la escultura de mármol roído y prestar atención a los relieves tallados en cada uno de sus costados, es un antídoto contra el desinterés que suelen generar las historias de enfermedades ya casi extinguidas. ¿Quién es ese bebé que llora sobre el cuerpo de su mamá muerta? ¿Habrà tenido papá? ¿Con quién y cómo habrá vivido después de que su mamá muriera? Y sobre todo: ¿Cuántas historias individuales contiene el relato de una gran epidemia? En Internet no abundan los datos sobre el monumento, que las autoridades municipales encargaron al artista uruguayo Juan Manuel Ferrari. Ni dónde fue construido, ni cómo fue emplazado en ese terreno, que todavía no era esta gran plaza sino un cementerio. Sí queda claro el propósito que guió la misión: honrar el trabajo de los médicos fallecidos en el intento de salvar a miles de porteños durante la peste más grande que recuerde la ciudad de Buenos Aires. Sucedió en 1871.

Entre enero y junio de aquel año, 14 mil personas murieron a causa del virus producido por un mosquito que había llegado un par de siglos antes a América del Sur desde África, con el tráfico de esclavos. Uno de los médicos caídos durante ese medio año de enfrentamiento con la fiebre amarilla fue Francisco Javier Muñiz, cuya historia tiene todos los ingredientes para conquistar la admiración del mundo científico y el cariño popular. Médico de renombre establecido durante un tiempo en el Norte del país, donde había prestado servicios militares como cirujano jefe del Ejército Argentino durante la Guerra del Paraguay, Muñiz decidió volver a la ciudad para servir como voluntario cuando se enteró de la crisis sanitaria que estaba sacudiendo a la capital.



1795-1871

El 8 de abril murió como probablemente gran parte de las personas que llegó a atender en su lucha dispar contra una enfermedad que todavía resultaba imbatible.

Desde 1904, la por entonces Casa de Aislamiento, devenida en el hospital de enfermedades infecciosas más famoso del país, lleva su nombre y este monumento emplazado justo enfrente ofrece una pista para empezar a recorrer su historia.

En la biografía del Muñiz, más que en la de cualquier otro hospital de Buenos Aires, se puede rastrear la cronología detallada de las epidemias que marcaron cada época de la ciudad. Si hablaran, sus paredes contarían con lujo de detalles la memoria de las enfermedades infectocontagiosas desde principios del siglo XX hasta la actualidad, volverían a contar las fechas y las causas de las transmisiones más furiosas de tuberculosis, poliomielitis, sarampión, cólera o HIV, y evocarían otras tantas alertas por enfermedades que, gracias a la prevención adecuada o al azar, no llegaron a ser una amenaza real.

Por ejemplo el ébola que, en 2014, no logró avanzar sobre estas costas, pero tuvo en vilo a todos los equipos de guardia del hospital que asistieron a simulacros de emergencia, tuvieron que probarse los trajes de protección y repasaron, paso por paso, cómo actuar en caso de tener que vérselas con la enfermedad.

---

## **A más de un siglo de su fundación, el Muñiz sigue siendo el lugar por excelencia para atender las enfermedades infecciosas más propagadas en la Argentina: la tuberculosis, el HIV y, en menor medida, lepra, meningitis, tétanos y botulismo.**

---

A diferencia de la fiebre amarilla, que exterminó a casi el 10 por ciento de la población total de Buenos Aires durante aquel gran brote sucedido en plena presidencia de Sarmiento, el último virus africano que puso en alerta a los porteños no se cobró ni una sola víctima fatal.

## **En la actualidad**

Hoy, el Muñiz está emplazado en una superficie de ocho manzanas en las que conviven varios edificios dedicados a la salud. Algunos de ellos dependen de la Municipalidad de Buenos Aires (el Ministerio de Salud de la Ciudad, las salas hospitalarias y la central de llamados del SAME), otros de la Universidad de Buenos Aires (un instituto de Tisioneumonología y las aulas donde alumnos avanzados de la carrera de Medicina vienen a cursar la materia Infectología) y hay uno que le pertenece al Ministerio de Justicia de la Nación: al fondo funciona una cárcel para reclusos con HIV avanzado. Los pasillos que conectan los pabellones están rodeados de árboles añosos que son refugio de una decena de pájaros que suelen cantar de manera constante.

Por suerte, para los muchos familiares que pasan horas, días o semanas visitando a sus enfermos, los jardines de este lugar también pueden ser un hermoso lugar para caminar y relajarse.

Las aves no son las únicas representantes del reino animal que viven en el Muñiz: por ahí al fondo también corretea Mugre, un perro callejero que es la mascota de todos los trabajadores de la calle Uspallata. Hace un tiempo, Mugre fue papá de cachorritos y el equipo de médicos y trabajadores no médicos, celebró la llegada de los nuevos integrantes con ilusión casi infantil. Pienso en una explicación posible: el Muñiz no tiene sala de obstetricia, por lo que cada nacimiento debe festejarse doble en este hospital.

A más de un siglo de su fundación, el Muñiz sigue siendo el lugar por excelencia para atender las enfermedades infecciosas más propagadas en la Argentina: la tuberculosis, el HIV y, en menor medida, lepra, meningitis, tétanos y botulismo. Y aunque la mayor parte de los hospitales públicos y privados tengan, a esta altura, su servicio de infectología, siempre que algún caso del rubro llega a los grandes medios, la voz que se espera para dictaminar si todo está bajo control o hay que preocuparse, es la de algún jefe de Guardia del Muñiz.

Uno de ellos es Gerardo Laube, mi papá: cada verano, Gerardo vuelve a atender los llamados reglamentarios de productores de televisión y radio que quieren más información sobre el dengue, el zika y la chikungunya. Y a veces, fuera de temporada, también da consejos sobre la prevención de alguna otra enfermedad que, de manera fundada o infundada, los medios se ocupan de poner de moda.

## **Héroes modernos**

Además del médico que le dio nombre, el Muñiz tiene algunos ilustres contemporáneos que dejaron huellas en la manera de ejercer y entender la medicina en el hospital.

Varios de ellos murieron en los últimos dos años: fue una racha que dejó un poco huérfanos a los trabajadores de la calle Uspallata. Aunque ya se habían jubilado, sus visitas esporádicas siempre reconfortaban a la línea sucesoria. Hubo que despedirlos sin demasiado tiempo para repone-erse entre una muerte y otra. Palmieri, titular de una de las cátedras más recordadas de Infectología en la UBA; Alfredo Seijo, que había sido por mucho tiempo jefe del Departamento de Zoonosis; Olindo Martino, un gran experto en medicina latinoamericana y tropical, y Francisco “Paco” Maglio, probablemente el nombre más legendario de la historia reciente del Muñiz, por su involuntario rol de intelectual de la medicina. Autor de varios libros (“La dignidad del otro” acaso sea su título más conocido), Maglio dejó a los 55 la medicina asistencial y volvió a ejercer el rol de alumno que por casi tres décadas le había sido ajeno: se anotó en la carrera de Antropología “para buscar otro marco teórico distinto del que ofrecen en la Facultad de Medicina”.

“Me interesó el hombre por lo que sufre. Me interesó el hombre por lo que cree. Me interesa conocer al hombre por lo que es: de ahí a estudiar antropología va de suyo”, explicaba Maglio en una video entrevista para el diario *Clarín* cuando le preguntaron cómo había llegado a anotarse en la Facultad de Filosofía y Letras. Y remataba: “Lo que les falta a muchos médicos es estudiar al hombre”.

Desde los primeros noventa y hasta su muerte, en mayo de este año, Maglio fue uno de los nombres más destacados de la Argentina en el campo de la antropología médica e inspiró a especialistas de la salud y a científicos sociales por igual: su inclinación por la fusión de lenguajes y universos ayudó a iluminar zonas desconocidas para unos y para otros. Y, además, Maglio tenía un gran sentido de la justicia social. Le gustaba, por ejemplo, recordar una frase de Ramón Carrillo en las entrevistas que daba: “Frente a la miseria, frente a la angustia, la tristeza y el infortunio social de los pueblos, los microbios son una pobre causa para las enfermedades”.

### Gerardo Laube, mi papá

Es posible que no haya modo de reemplazar a los grandes hombres cuando ya no están. Pero hay formas de recoger y abonar su legado.

En 1977, hace exactos cuarenta años, mi papá comenzó a trabajar en el Hospital Muñiz. Coincidió con muchos de esos hombres enormes de la medicina y —no hay modo de afirmar lo que sigue sin que el lector me adjudique cierto complejo de Electra— se convirtió en una referencia para las generaciones que siguen.

No lo digo yo sola: me lo constatan casi todos los trabajadores que me cruzo en mi recorrida por los pasillos del hospital, el día que vengo a buscar información para escribir esta nota.

Y también sus ex alumnos de Infectología, que alguna vez me he encontrado de forma casual en alguna consulta médica, o en el chequeo de rutina para renovar el registro o en contextos totalmente azarosos y alejados de la salud pública. Tengo suerte: escuché muchas veces en boca de jóvenes médicos la frase “tu papá es un genio”.

Es viernes y, como hace décadas, Gerardo está de guardia. Exceptuando las veces en que se tomó vacaciones (que tampoco fueron tantas, ni tan largas) me atrevo a decir que jamás faltó al hospital: nunca encontró demasiado placer en viajar a congresos médicos en países exóticos; tampoco lo vi apasionarse por algo tanto o más que por su trabajo.

Su historia de amor con el Muñiz y con la medicina no tiene dobleces, y ese hecho siempre produjo tanta admiración como angustia en mi hermano y en mí. Hasta que en algún momento comprendimos que no sentir esa vocación desenfadada por nuestro trabajo, no nos habilitaba a ejercer alguno.

---

**Es viernes y, como hace décadas, Gerardo está de guardia. Exceptuando las veces en que se tomó vacaciones (que tampoco fueron tantas, ni tan largas) me atrevo a decir que jamás faltó al hospital.**

---

Mientras repasa de memoria las grandes epidemias que pasaron y se curaron en este hospital, mi papá camina por el jardín, por la capilla, por el bar y por los pabellones distribuidos en las ocho manzanas en las que se escribió una parte importante de su vida. Yo lo escucho y sigo. Después me lleva hacia la entrada, me invita a cruzar hasta el parque y me cuenta la historia de los caídos por la fiebre amarilla.

Creo que le gusta sentirse heredero de esa historia, o al menos eso me animo a leer en sus gestos mientras me cuenta las anécdotas que esconde el monumento de la plaza Florentino Ameghino. ■